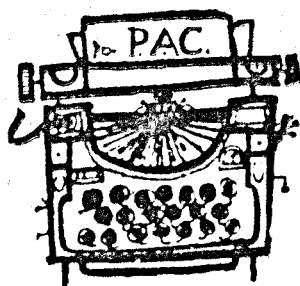


El Editorial inconcluso



La política nicaragüense es de "caja chica". Planes, acusaciones, trapos al sol, planes políticos, tácticas, polémicas, subversiones, masas... de todo hay, pero con vigencia de un día. Nada tiene cauda. Nada persevera. Toda política es cotidiana. Casi estoy por afirmar que Nicaragua es el lugar donde más rápidamente se apaga el eco de una muerte. ¿Era así antes Nicaragua o nos hemos convertido en el país de la inconstancia?

Abrimos juicio, descubrimos o decimos descubrir fallas, pecados, delitos administrativos que en Francia harían caer a un Gobierno y en Inglaterra a un partido. Aquí se alteran dos o tres veces los titulares de los diarios y luego se muda la política.

En las polémicas o en las campañas no se sigue como meta solucionar el problema sino ganar o perder un desahogo.

Las oposiciones no se planifican, no desarrollan ningún plan. Van sumando escaramuzas y escaramuzadas. Los líderes siembran un discurso detrás de otro discurso como si la política fuera una alada de palabras y no una actividad estructurada que parte de unos principios y persigue unos fines claros y precisos.

Porque no tenemos ninguna meta o si la tenemos la cambiamos al día siguiente.

Esto me recuerda la famosa batalla de Diriangén, que no fue batalla sino escaramuza; un combate sin continuidad, una actitud sin constancia. Ya lo cuenta Gil González: "Sábado 17 de abril a medio día con la mayor siesta del mundo cayó sobre nosotros tres o cuatro mil indios". Todo bien preparado. El bochorno revolucionario de abril, la siesta adormecedora, el descuido, la sorpresa, pero... política de caja chica. Después de un rato de batalla en que por poco desplazaban a los españoles, los indios recogen sus muertos y heridos y se retiran. Gil González dice: "Se me vino mi gente en orden "porque si volviesen nos matarían y según lo que pareció ellos se fueron por bien de no volver"...

Así pasa o parece pasar desde entonces. Todo parece por bien de no volver". Si quedamos malabreados en un trabajo, no llegamos. Si hacemos un trato de negocio, "jamás volvimos". Si vamos bien, pues... lo dejamos.

Si prometimos, no cumplimos.

Cristo decía: "Dejad que los muertos entiendan a sus muertos". Pero nosotros matamos la historia, nos distraemos en hacer nada, en recordar lo muerto a la hora de hacer vida. ¡Oh nuestro glorioso Diriangén! estabas ganando la batalla de tu libertad y se te ocurre hacer sepulturas!

Yo no sé las veces que esta historia se ha tomado literal o simbólicamente, pero es el árbol genealógico de nuestra desidia.

"Los abúlicos —decía Emmanuel Mounier— están siempre dispuestos a reclamar sus "derechos", pero tratan por todos los medios de que otros realicen sus acciones y de dispensarse de hacerlas ellos mismos".

Por eso en el país de la inconstancia la Justicia no es dar a cada quien lo que le corresponde, sino privar a los otros de lo que yo no tengo. En vez de acabar con el pecado se prefiere acusar al culpador. No la ética sino la Inquisición. Porque la constancia supone una noble actitud constructiva y social, mientras que la inconstancia, al perseguir sus metas, degenera en envidia. Es la soledad de Justicia de la madre prostituta ante Sanjón: puesto que mi hijo ha muerto, que tampoco posea la otra madre un hijo vivo.

Por inconstancia la vocación de jefe se convierte en obsesión de mando. Se llega a la dictadura por inestabilidad. Pero, también por inconstancia, la oposición se acaba convirtiendo en resignación.

En el gobierno, en la oficina pública, en la familia, en el hogar, el que no tiene autoridad se declara. "El autoritarismo —dicen los sicólogos— es una falsa energía del débil". El grito repone, quiere llenar un vacío. Nicaragua está llena de vacíos.

Alguien me grita: "Leí su editorial pero parece que no lo terminó".

—Sí, amigo; se me cruzó otra cosa. Tal vez termine la otra semana...